

Los bendijo, lo partió y se lo dio a comer

Solemnidad del Corpus Christi

Domingo del día del Señor. Ciclo C
Gn 14,18-20; Sal 109, 1-4; 1Co 11,23-26; Lc 9,11b-17

Caía la tarde, y los Doce se le acercaron a decirle: «Despide a la gente; que vayan a las aldeas cercanas a buscar comida, porque aquí estamos en descampado»; pero Jesús les contestó: «Dadles vosotros de comer». Ellos replicaron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío». Pues, eran unos cinco mil hombres.

Mas, Jesús dijo a sus discípulos: «Decidles que se sienten en grupos de unos cincuenta». Lo hicieron así, y todos se echaron. Entonces, Jesús tomando los cinco panes y los dos peces, y, mirando al cielo, los bendijo, los partió y se los dio a los discípulos, para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos hasta saciarse; y cogieron: doce cestos de las sobras.

La primera lectura del libro del Génesis (14,18-20): En este pasaje se recoge una de las más antiguas tradiciones de Israel, anterior a la conquista de Canaán. Ya que después de esta conquista, estando el Pueblo Elegido en posesión de la tierra prometida, resulta inconcebible que Abrahán, prototipo y padre de todos los creyentes, se dejara bendecir por un sacerdote cananeo. El presente relato tiene suma importancia para valorar positivamente las religiones extrabíblicas. En todo el AT, sólo en este texto encontramos una valoración tan positiva de un culto no israelítico. El dios del cielo designaba la divinidad suprema de un determinado panteón.

El NT ve en Melquisedec, ofreciendo pan y vino a Abraham, cansado tras la batalla, una figura profética de Jesucristo, el Mesías: Sacerdote y Rey, que da alimento a la multitud, cansada y hambrienta, en la multiplicación de los panes y los peces. "Ofreció pan y vino", expresión tiene aquí sin duda un significado cultural. El capítulo forma un bloque errático en el contexto del Pentateuco. No se puede adscribir a ninguna de las fuentes conocidas. No es posible una reconstrucción histórica de los hechos a pesar de los nombres y acontecimientos.

En relato enigmático y muy primitivo, cuenta el Génesis que Melquisedec, Rey de Salen, Sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino y bendijo a Abraham: Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec. La Escritura, cuando compara a Jesús con Melquisedec sacerdote y rey, (cf. Hebreos 8), según la tradición catequética de esta figura bíblica, lo hace desde el ángulo, no de la ofrenda de pan y vino, sino desde su carácter de personaje misterioso que surge en la Biblia sin padre ni madre, lo cual se aplica a Cristo que es el Sacerdote y el Rey por antonomasia, sin precedentes, sin ningún lazo aparente con la continuidad humana. Tal ofrenda se trata de un "banquete cultural" en el que Melquisedec bendice y da gracias a Dios por lo que ha realizado en la victoria de Abrahán sobre sus enemigos. Por lo tanto, este rito vendría a ser una forma primitiva de la pascua judía y en consecuencia una anticipación profética de nuestra eucaristía.

"Dios Altísimo". Este título divino es conocido también fuera de la Biblia, aparece, por ejemplo, en un panteón fenicio muy antiguo. En Núm 24,16 Balaam, un profeta extranjero, da al Dios de Israel ese mismo título de Altísimo. El Dios Altísimo que ha creado el cielo y la tierra se identifica con Yavhé. No hay razón alguna para suponer que el rey de Salem tuviera una religión distinta a la de sus súbditos. No obstante, la tradición bíblica lo considera un varón justo y temeroso de Dios, de auténtica religiosidad. Aunque Dios ejerza su acción salvadora de un modo especial a través de Abrahán y sus descendientes, no hay que olvidar que es el Dios Único, el de todos los hombres y que no actúa exclusivamente en Israel. Recordemos otros casos como el de Jacob, de una justicia proverbial. Por eso Abrahán, que es "el amigo de Dios" (Is. 41,8), aceptará sin prejuicios la bendición de Melquisedec, lo honrará como sacerdote del Altísimo y le dará incluso el diezmo del botín de su victoria. En el texto original no es claro quién paga el diezmo. La tradición judía afirma que fue Abraham. Así en Hb 7,2. Con ello Abraham reconoce la función preeminente de Melquisedec. La finalidad del relato era demostrar que incluso Abraham, padre en la fe, se había inclinado ante Melquisedec y había pagado el diezmo al rey pagano de Jerusalén. Se quería con ello estimular a los israelitas a someterse al reino de David centrado en Jerusalén. Hubo siempre una gran resistencia a aceptar la centralización y surgió pronto la división del reino.

La reinterpretación que del relato hace la Iglesia primitiva la encontramos en la carta a los Hebreos. El autor demuestra que el sacerdocio de Cristo ha superado y anulado el sacerdocio levítico y

para poner de relieve la dignidad de Cristo, le da el nombre de sacerdote según el orden de Melquisedec. La tradición católica, en el ofrecimiento del pan y del vino, ve un signo de la eucaristía. Es el pan que expresa la plena reconciliación del hombre con Dios y de los hermanos entre sí. El sacrificio pacífico de Melquisedec es acción de gracias por el don de la paz que ha llegado por Cristo. En la eucaristía se hace presente Cristo, nuestra paz.

EI SALMO RESPONSORIAL:

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec. Oráculo del Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies» (109, 1-4)

La segunda lectura de la primera carta de San Pablo a los Corintios:

El Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre. Haced esto en memoria mía»... Cada vez que coméis este pan y bebéis el cáliz, proclamáis la muerte del Señor (11,23-26).

Esta perícopa usada con frecuencia en la liturgia eucarística pertenece sin duda al material tradicional prepaulino, como el mismo apóstol dice con claridad. Es el texto más antiguo referente a la institución de la Eucaristía, escrito hacia el 57, y recoge una tradición venerable; la fórmula que trae coincide bastante con la del evangelio de Lucas y se diferencia de las de Marcos y Mateo, especialmente en las palabras sobre el cáliz y el pan. La aportación más propia de Pablo se encuentra en el v. 26, al relacionar la Eucaristía con la muerte del Señor; es lo más importante en la teología paulina: la salvación acontecida en la muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía tiene uno de sus sentidos principales en hacer revivir esta relación que ha establecido y establece el creyente con los acontecimientos soteriológicos más importantes.

En Corinto han surgido abusos en la celebración de la cena del Señor. Se manifiestan en las divisiones profundas dentro de la comunidad. Esta actitud impide la celebración de la eucaristía, son un atentado contra la comunidad y contra Dios. Pablo recuerda la tradición que se funda en Jesús. El memorial tiene un sentido muy amplio y profundo, celebra el memorial del don que les fue hecho: don del pan y del vino, signos del "cuerpo entregado" y de la "sangre derramada"; reconoce, proclama, "anuncia" ese gesto de Dios hecho en favor de los hombres "mediante la muerte del Señor"; la comunidad debe celebrar el "ágape" no para recordar a Jesús muerto, sino para celebrar la memoria del "Kyrios", del Jesús resucitado, presente en la celebración y que hace participar de su cuerpo y sangre. La Iglesia se edifica al reunirse para celebrar la cena del Señor.

La Eucaristía está ahí, en el centro de la historia: recordando, por una parte, la muerte del Señor y el gran amor que lo llevó hasta la entrega; y anunciando, por otra parte, el retorno del Señor. Un recuerdo que compromete y se hace esperanza, pues el retomo del Señor tenemos que prepararlo.

EL santo Evangelio de San Lucas (9, 11b-17) cuenta, con terminología "eucarística", aunque evidentemente todavía no se tratara del sacramento cristiano, la multiplicación, para que sus lectores reconocieran el alimento, "la fracción del pan", y la bebida, que Jesús, Resucitado, deja a su comunidad, su propio Cuerpo y Sangre. Señala el significado de la Eucaristía, en ella, Jesús, está presente continuamente, hecho alimento de vida. Al comulgar, en el sacramento permanente del sagrario, prolongando su oferta, nos invita a la celebración, a la oración, la alabanza y la atención gozosa de su presencia. Como Abrahán, nosotros cansados de nuestra expedición y, como la multitud, cansada y hambrienta, en nuestra vida, necesitamos comer y reponer fuerzas. Cristo mismo ha querido ser nuestro "viático", nuestro "alimento para el camino".

Hoy manifestamos la presencia de Dios en el Pan de la Eucaristía, en los templos y en las calles, porque es necesario que la gente lo sepa, porque tenemos que contar "lo que hemos visto y oído". Hoy es fiesta de comensales agradecidos, porque cada vez que participamos en la mesa del Señor, Él nos da su Cuerpo y su Sangre. Por eso, brota el reconocimiento y gratitud inmensos a este Dios que se ha partido y repartido para hacerse comida y bebida. Y celebramos los dos conceptos del amor: Eucaristía y Caridad. Con un mensaje muy claro: No podemos comulgar con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, si no estamos dispuestos a comulgar con las necesidades y penurias de los hermanos sufrientes y oprimidos. No podemos amar a Cristo, si no lo amamos del todo y al completo: a Él y a los que caminan en las dificultades del entorno.

Es sumamente significativo que Jesucristo, en el momento de dar a su iglesia los signos visibles del memorial, no escogió ninguno de los elementos típicos de la cena pascual judía, cordero, hierbas amargas..., sino los más espontáneos de un banquete: el pan y el vino. De este modo, indicaba una cierta ruptura con el ritual mosaico que venía a entroncar con los pilares cósmico y

antropológico del "fruto de la tierra y del trabajo del hombre". Rebasaba la alianza mosaica para enlazar con la originaria, en la fe de Abraham. Era, pues, una forma de significar el carácter universalista de su misterio, y de la Eucaristía que confiaba a su Iglesia.

Añádese que el pan y el vino son frutos "elaborados", que surgen de la contribución de cantidades de granos de trigo y de uva, que da lugar a una nueva realidad cargada de un gran sentido para el hombre. De ahí, que ya la Didaché empleara esta imagen del trigo disperso y reunido en significación de la Iglesia, fruto de la comunión con el Cristo (cf. J. Aldazabal, "Claves para la Eucaristía" y "Gestos y Símbolos").

Obsérvese que el hecho de la multiplicación de los panes conlleva la participación y el reparto; el pan es un bien que hay que compartir y distribuir en justa medida con los que no tienen. Acercarse a la Eucaristía no es sólo recibir a Cristo en nosotros, sino vivir mirando al prójimo, como hermanos, unos al servicio de los otros, cada día, agachándonos para seguir lavando los pies de los necesitados. Esta es la clave: vivir el amor a los demás. Este es el auténtico milagro de la multiplicación: la capacidad de compartir y repartir, aunque sólo sean cinco panes y dos peces, lo que somos, lo que tenemos. Cuando se parte y reparte, cuando se ofrece lo que uno tiene, por muy poco que sea, hay mucho más de lo que parece...Y, además, Jesús quiere que esa comida para todos pase por nuestras pobres manos humanas, "dadles vosotros de comer".

Al "caer la tarde" y acercarse la noche de la necesidad y del hambre de justicia, se hace más perentoria la preocupación por aquellos que no tienen víveres ni techo. El simbolismo de la noche indica inminente el tiempo de la emergencia y del riesgo, que provocan, al hombre, todas las opresiones y desgracias. San Lucas, en su narración, evoca la frase paralela a la escena de Emaús (cfr. Lc 7, 12. 24, 29). Los discípulos se muestran preocupados por el misterioso peregrino "porque atardece", es la misma de los doce, en el desierto, por la multitud. La exhortación de Jesús a los doce es, de hecho, lo mismo que hicieron los de Emaús: "Dadles vosotros de comer". Pero, realmente, como en Emaús, quien da el verdadero pan es Jesús; "lo reconocieron en el partir del pan", ¡es el Señor! Es el Maestro de Nazaret.

Camilo Valverde Mudarra

La mano del Señor está con este niño

Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista

Festividad de San Juan Bautista. Ciclo C
Is 49,1-6; Sal 138,1-3.13-15; Hch 13, 22-26; Lc 1,57-66.80

A Isabel se le cumplió el tiempo y dio a luz un hijo. Los vecinos y parientes oyeron que el Señor le había mostrado su gran misericordia y se regocijaron con ella. A los ocho días fueron a circuncidar al niño y querían llamarlo Zacarías, como su padre. Pero la madre dijo: No. Se llamará Juan... El padre pidió una tablilla y escribió: Juan es su nombre. Todos se quedaron admirados... y decían: La mano del Señor está con este niño.

El niño crecía y se fortalecía en el espíritu; y habitó en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.

La primera lectura del Profeta Isaías expone unas palabras del Siervo de Yahvé: "Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos: Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó en las entrañas maternas y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano..." (49,1-6).

San Juan, como Isaías, es llamado desde el vientre materno y el Señor pronuncia su nombre; el Bautista, austero, vestido con piel de camello y alimentado de saltamontes, como aún comen algunas tribus, es el precursor, que anuncia "la buena nueva de Jesús" (Mc 1,1-8). Por ello, la liturgia de la fiesta de la Natividad de San Juan propone hoy el segundo cántico del Siervo.

El Siervo recibe su vocación, para realizar una definida misión. Siempre que el Señor encomienda una misión asigna la vocación, hace una llamada íntima a un encuentro. De ahí que, como Moisés, Gedeón y María, madre de Jesús, el siervo es llamado por el Señor desde el vientre de su madre. San Lucas cuenta, que, cuando María, portadora de Jesús, visita a su prima Isabel, en el encuentro, Juan salta de alegría en el seno de su madre (Lc 1,41-44). Tras el encuentro con la divinidad, Juan, como el siervo, aún siendo humano, actúa con una fuerza especial, porque se siente inundado de la palabra de Dios. La misión está orientada hacia el hombre; el encuentro con Dios, que es auténtico, conlleva necesariamente a los demás, no puede ser individual. La actitud seudomística, en busca del provecho y consuelo propios es contraria a la fe bíblica. Tras el encuentro con la Divinidad, el siervo, siendo humano, un ser de carne y de hueso, se reviste de una fuerza particular, impelido por la palabra divina. Nada lo detiene ni aterra. Su palabra es penetrante, espada incisiva y aguda flecha (v. 2; Jr 1,9ss; 23,29; Hb 4,12). Así la voz de Juan atruena las orillas del Jordán, sin reparo, amonesta al pecador y llama "camada de víboras" a aquellos viciosos de lascivia. El Bautista insta al arrepentimiento, a la conversión y al reparto de sus bienes.

Yahvé acepta su esfuerzo y encumbra a su siervo. Lo hace luz de las naciones de la tierra (cf. Gn 12,3; Lc 2,32; Hch 13,47; 18,6). San Juan inicia la Buena Nueva y Jesús la extiende por todo el mundo, a la vez que reconoce su labor de precursor.

El Siervo va a anunciar la salvación mediante la palabra, que es espada y flecha, es decir, una realidad que toma la iniciativa. En un primer momento, se sentiría desanimado por lo que considera un fracaso de su misión, y, luego confortado por el Señor, cumple su misión, a la vez nacional y universalista, con un éxito clamoroso tanto entre Israel, como entre las naciones. En su doble proyección, debe reconducir a Israel a la Tierra Prometida y ser el instrumento de la alianza definitiva (49, 5-6; 42, 6), y, puesto como luz de las gentes, debe llevar la salvación hasta los extremos de la tierra.

El Señor no se cansa y los que se apoyan en Él participan de su fuerza (Is 40,28.30.31). Se cansan quienes no siguen al Señor, sino a magos y encantadores (Is 47,12.15). El Señor acusa a Israel de haberse "cansado" de Él, mientras que él no lo ha agobiado (cansado) con sus exigencias (véase Is 43,22.23.24). El Siervo-Israel ha gastado

sus fuerzas (Sal 71,9) siguiendo algo que no era sino vacío, caos, vanidad: los ídolos, las naciones, los gobernantes infieles. Habiéndose dado cuenta del sin sentido de sus esfuerzos y de su vida, el Siervo reconoce, que su actividad y recompensa no pueden encontrarse, sino en el Señor, la actividad que tiene sentido es la obra de Dios. La recompensa del Señor es uno de los atributos que lo acompañan en Is 40,10.

Como conjunto este texto se diferencia de aquellos en los que probablemente se habla de un Siervo individual, que tiene una especial relación con Dios, y que lleva a cabo su misión por medio del sufrimiento. Este segundo canto, en cambio, exalta a Israel que, después de haber reconocido sus errores, es antepuesto a reyes y príncipes a los ojos de todas las naciones.

SALMO RESPONSORIAL:

El salmista exclama: *“Señor, tú me sondeas y me conoces, de lejos penetras mis pensamientos... Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno, porque son admirables tus obras”* (138,1-3. 13-15).

La segunda lectura de los Hechos de los Apóstoles relata que *“Pablo dijo Juan, antes de que él llegara, predicó a todo el pueblo de Israel un bautismo de conversión; y cuando estaba para acabar su vida, decía: Yo no soy quien pensáis, sino que viene detrás de mí uno a quien no merezco desatarle las sandalias”* (13,22-26).

Esta perícopa pertenece al primer discurso de Pablo en Antioquía de Pisidia, ante un auditorio judío, como el discurso del Areópago será la predicación a los gentiles. Es uno de los textos en que el Bautista es contemplado más explícitamente como figura veterotestamentaria. El Bautista es el último capítulo del plan de Dios, ante la llegada de un Salvador. Jesús es la Palabra de Salvación (13,26). Juan señala hacia Cristo, como indica la tradición del Bautista. Juan prepara el camino, él se apaga, la luz, que es Jesús, se enciende. El contenido principal es el mismo que el de la elaboración literaria, lo cual indica que son propios de San Lucas y no transcripción literal.

Consta sobre todo de reflexiones sobre el A.T, en que hace una breve síntesis de la historia de la salvación; partiendo de los patriarcas hasta las figuras de David y el Bautista que anuncian a Jesús, culmina toda ella en Jesucristo. El Bautista aparece sin solución de continuidad respecto a sus antecesores, conectado con ellos. Es el último eslabón de la acción de Dios para preparar la venida de un Salvador. Pablo muestra la mesianidad de Jesús, que, rechazado por el pueblo, es avalado por las profecías que se cumplen en Él. El proceso empleado tiene sus paralelos en los discursos de Pedro. Con su sentido paulino, proclama que la justificación viene de la fe y no de la ley de Moisés. Jesús es la Palabra de Salvación. El Bautista no apunta hacia sí mismo, sino hacia Cristo, tal como dice la tradición sobre San Juan. La cuestión de mayor importancia está en la palabra de salvación, está en el Señor Jesús. Juan, el Bautista, está en función del mismo Jesús. La acción de Dios en la historia y la entrega del hombre a la causa de Dios son los dos puntos principales de este texto.

San Lucas, con un lenguaje directo, inserta, en su historia, la palabra viva y popular de los discursos de los Hechos de los Apóstoles que pronuncian San Pedro y San Pablo en una buena parte del libro. De acuerdo con investigaciones, hoy se considera que los discursos de Hechos, sin dejar de reflejar el tono objetivo de la primitiva catequesis a los judíos y a los gentiles, son en gran parte verdaderas creaciones de Lucas, en las que parece expresar más su teología y la de la comunidad de finales del siglo I, que la de la Iglesia Primitiva y Apostólica. Lucas, como evangelista muy sensible a los problemas de sus lectores, estiliza la narración de la historia del pasado; método, que, por otra parte, es una constante de la historia bíblica, en que la catequesis se destaca más significada, que la información rigurosa.

La fiesta de la Natividad de San Juan Bautista

La fiesta del nacimiento de san Juan Bautista ha gozado históricamente de gran popularidad. El folklore con sus hogueras y baños, la literatura con sus romances e incluso la economía, por ser el día en que se contrataban los segadores, así lo constatan. La Iglesia

colocó esta celebración a seis meses exactos antes de la navidad, aplicando al ciclo litúrgico la frase "ya está de seis meses la que consideraban estéril".

Juan fue un personaje conocido en su tiempo, ya el historiador Flavio Josefo se ocupa de citarlo en sus obras. La importancia que se ha concedido siempre en la liturgia de la Iglesia a la celebración del nacimiento de san Juan Bautista, se debe a que, en la perspectiva de la historia de la salvación, representa el último estadio de la preparación de la venida del Mesías. Es el último profeta.

El santo evangelio según San Lucas narra el nacimiento de San Juan Bautista, figura de pobreza, que no tiene nada propio, ni siquiera, seguidores; su cometido único es señalar a otro. Esta es una festividad históricamente muy popular, inserta en el folklore con las hogueras, en la literatura con los romances e, incluso, en la economía con el inicio de la siega. La Iglesia estableció esta celebración un semestre antes de la navidad, ligando el ciclo litúrgico al versículo, "ya está de seis meses la que consideraban estéril".

Juan era un personaje conocido; de ahí, que aparezca citado por el historiador Flavio Josefo. Para los cristianos, representa el final del AT y el preámbulo del Nuevo. Es el precursor. *Juan es su nombre*. Juan significa "Dios se ha compadecido", y Jesús, "Dios salva". Llevará el nombre profético, "para anunciar a su pueblo la salvación". Su nombre no significa un linaje, sino un porvenir designado. Dios obra y actúa hacia el futuro. Su nacimiento deja ya el pasado y mira al tiempo que se aproxima. La acción divina se mueve en la gracia y se renueva sin cesar. Juan, el precursor de los dones, llama al hombre a la conversión, a correr al encuentro del gran suceso, la llegada de Dios.

A Isabel se le cumplió el tiempo y dio a luz un hijo. El hecho capital reside en que los padres eran ya mayores y la mujer, estéril; en el orden humano, pues, no era posible una concepción. Pero, para Dios no hay nada imposible, de manera que este niño es el don de la graciosa complacencia de Yahvé y su compasión por estos ancianos, por cuanto, el decisivo poder de Dios conduce la historia de los hombres. Es el regalo de Dios, destinado a cumplir los designios divinos en su cometido trascendental.

Es el último profeta. El relato de Lucas lo muestra con los rasgos específicos del auténtico profeta: la vocación manifiesta ya desde el nacimiento, la plenitud del Espíritu y la vivencia ascética. El evangelista rememora a Samuel en el profetismo de Juan: como Samuel, Juan es "grande" en presencia del Señor; nace de un seno materno estéril; y es de familia sacerdotal y profeta, elegido para preceder y designar al Mesías. "El profeta, se ha dicho, capta la coyuntura concreta del acontecimiento en el punto preciso en el que el futuro le dará significación. Para Juan XXIII, el profeta interpreta 'los signos de los tiempos': defensa del bien común, progreso público y humano de las clases inferiores, fomento de la igualdad femenina, atención a los pueblos desfavorecidos, reparto justo de la riqueza, impulso a la concepción política, etc. El profeta se expresa por símbolos, gestos y parábolas. Es el mensajero del Mesías, que va a llegar.

Juan Bautista, luz de las naciones, es un hombre de enorme humildad y totalmente recogido y oculto, subordinado a Jesús: "Yo no soy el que ha de venir, detrás de mí viene uno a quien no merezco atarle las sandalias". Este carácter es el que especifica el propio Jesús: "Yo os digo, que, entre todos los nacidos de mujer, no hay profeta mayor que Juan; pero el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él" (Lc 7,28). Toda su misión consiste en laborar el terreno y allanar los caminos, luego, llegado el tiempo pleno de la salvación, su estrella se va a eclipsar y desvanecer, para que brille únicamente la luz del Salvador.

En este mismo sentido, la Iglesia no es, en sí misma, una entidad categórica. Su misión, como la de Juan, es de precursora de Jesús. Indica al hombre la fuente de la verdadera salvación; su mayor gloria reside en retrotraerse y disminuir ella, para que Jesús entre y resplandezca en el alma de los hombres.

La vida de Juan está totalmente entregada al esfuerzo de convertir al pueblo, para la llegada del Señor. "Arrepentíos porque ha llegado el Reino de los Cielos" (Mt 3,2). Viendo la situación de su pueblo, siente que Dios le ha llamado a resolverla y no se detiene. Predica con severidad, con apremio y exigencia, lucha contra la desigualdad, la injusticia y los abusos; no busca su bienestar, desecha la complacencia humana. Es extremadamente austero y exigente consigo mismo. Su función reside en mostrar que la voluntad de Dios es taxativa; en la relación y contacto con Dios no caben dudas, retrasos o componendas.

La fidelidad de Juan es inflexible, su testimonio personal entraña gran relevancia. No es una caña movida por el soplo del viento. Pero, ello no le hace un inmovilista ni un conservador saduceo. Se mueve por la realidad de los hechos, llevado de su firme fe. Esta fuerte personalidad insta hoy, al cristiano a mantenerse en sus convicciones de fe, esperanza y amor. Un amor, no de palabra, sino de obras en la autenticidad. La obediencia al Espíritu capacita a distinguir en el mundo actual los valores positivos y a inundarlo con el mensaje de Jesucristo: "Amaos unos a otros".

Todo el bagaje significativo del Bautista llega a pesar en Jesús; precisamente, por eso, baja el Nazareno a escucharlo al Jordán e inicia su actividad pública, "al enterarse de que habían detenido a Juan" (Mt 4,12). Parece, como que el Maestro quiere retomar el turno misional del Bautista. Así es la actuación de Dios; va trazando la senda, elige el momento y convoca a los hombres que han de dar forma al diseño preciso de salvación. Juan estaba llamado, desde el seno materno, a estructurar una tarea singularmente decisiva, por esa razón la liturgia hoy lo entronca con el del Siervo de Yahvé en el segundo cántico. Él va a señalar la aurora, que irá iluminando el horizonte del pueblo de Israel, para que llegue la luz que inundará a todas las naciones. Hoy la historia emprende un amplio camino de ardua espera hasta la luz definitiva, y Juan es el emisario de anunciar la luz.

Juan es la voz que clama en el desierto, que da paso a la Palabra; la lengua que antecede al Verbo. Juan es, en fin, una señal del amor de Dios. El amor solícito de un Padre, que en la historia de salvación, no cesa en diseñar la redención de todos los hombres.

Camilo Valverde Mudarra